



De una

visita

a



Riópar



Juan Aurelio Bernal Ruiz

DE UNA VISITA A RIÓPAR...



A todos los Riopenses que pasaron.

A todos los que de buena voluntad cooperan para que Riópar siga Vivo.

A los que saben ver más allá, y no consideran a nadie extranjero.

A Dolores Rizo Vidal, sin cuya inspiradora visión no se hubiera podido escribir la parte final de este ensayo.

A Chemi Bay, por los dibujos de este ensayo.

A Juan Fondevila, que con su trabajo ha llevado a la Web este ensayo, y al gran escritor que lleva dentro. Y a su hermano Santiago, que también es en parte mi hermano; por todas las “batallas” en que hemos combatido juntos.

A María Jesús, mi compañera, mi esposa, por el Camino que comenzó hacia Compostela y luego nos llevó a a compartirlo todo. Por darme la mayor Alegría de mi vida, Aarón.

Y a ti, Viajero que te acercas a esta Tierra encantada, para que su Contemplación te ayude a conocer y amar a la Madre Tierra, y a recordar Quién eres verdaderamente.

“Porque estaba allí”. Por eso, precisamente por eso decidió ascender a la Montaña. Y no por la actual carretera de asfalto, sino por donde le contaron que subía la tradicional senda. Para “reavivar” el camino con sus pasos.

Pasó junto al Cortijo que llaman de” la Humildad”, por el nombre de su propietaria. Caminó junto a ancianas carrascas, que le hablaron de la sabiduría de la Naturaleza y del tiempo. Escuchó el canto del agua que discurría al borde del camino. Respiró la mejorana en flor, que crecía junto a todas aquellas especies de plantas medicinales, verdadera botica olvidada en la Montaña. Sorteó las frondas de la pasividad, que hacían difícilmente accesible algún trozo de la ruta. Y siguió ascendiendo, hacia el crepúsculo, hacia el “Planetarium” estrellado de aquella noche sin luna, como el Hombre que camina en la Vida hacia su desenlace último, buscando la Sabiduría en los pasos del trayecto. Y llegó al tramo final, la “Senda de los Escalones”, tras ascender la cual entró en

Riópar.

Entré por la calle Extramuros, caminándola hasta su enlace con la calle Mayor o de la Dolorosa. Las calles de Riópar, hechas de monte, tierra y aire... Buenavista, Amparo, Sagasta, León, Extramuros, Bailén, Victoria y Campoamor son los nombres que me llegaron de las mismas, de boca de los pastores, foráneos y ancianos del lugar.

Ascendí hasta la Plaza de La Pita, y más allá hasta la fuente, junto a la gruta del acceso por la Puerta “Sumera” (Asomera). Me senté. Y contemplando el agua, recordé la historia de aquel Peñasco.

El Agua. La vida de Riópar brota y está unida a ella. Hasta el propio nombre del pueblo; Riopal según algunos documentos, Rivus Oppae según la crónica del Arzobispo Ximenez de Rada, quizá la Rivus Oppal de la Urci del obispado de Indalecio... siempre el agua y el río.

Los primitivos Iberos, a semejanza de las demás culturas mediterráneas, daban al agua más importancia que su mera utilidad en aplacar la sed, enfatizando sus propiedades curativas; agua y santuario aparecían repetidamente ligados en la Península. Religión y Salud.

Recordé un artículo de Juan Blázquez sobre las necrópolis íberas en el que comentaba como la sacralización del agua “se aprecia actualmente en otro espacio también religioso, pero en su vertiente funeraria: las necrópolis. Gracias a los estudios realizados en el entorno de estas, se ha podido reconstruir con precisión el paisaje vegetal de ellas en la época ibérica, poniendo de manifiesto la existencia de una vegetación propia de lugares de alta humedad, casi lacustres. Es muy posible que, aprovechando pequeños cursos naturales mediante acequias, el agua jugara un papel acotador y sacralizador del espacio destinado a los enterramientos. Se prolongaría así una tradición ya documentada en la necrópolis tartésica de Las Cumbres, frente al poblado de El Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz). Futuros

estudios quizás ratifiquen lo ya apuntado en estos primeros trabajos”.

Quizás.



Lo cierto es que, si bien el agua llega ahora a la fuente y casas de Riópar mediante un sifón, proveniente de Fuente Grande, (curiosamente, el mismo sistema por el que ya antaño la condujeron hasta la peña los árabes, no ya desde esa fuente, sino de la Fuente de La Tova), la Montaña, además de los nacimientos que la circundan (como la fuente del Peral o del Madroño), contaba asimismo con sus propias fuentes, a saber la Fuen Caliente, o fuente de Juan Caliente, de la que hasta épocas recientes se abastecía el pueblo, y otro nacimiento a la altura de un encinar en el monte, bajo unas piedras de aspecto monolítico; la primera, que aun mana pero en el abandono, y el segundo que al parecer se ha secado, y tuvo fama de dar aguas salutíferas.

Lo cierto también es que en Riópar se han encontrado restos de cerámica íbera, señalados con las franjas negras paralelas que la caracterizan.

Y allí mismo, sentado junto a la fuente, divisé los enterramientos frente a mí y en el castillo, mientras el agua

cantaba, manado de su ambón de piedra, deparramándose en una pequeña piscina circular, que la vierte en una segunda más amplia, y a su vez en una tercera mayor, y de allí a la Montaña, a la Tierra, a crear Vida, haciéndome sentir como un íbero peregrino en su santuario, junto a la necrópolis olvidada.



Ascendí hasta el castillo. Allí, desde una torre situada un poco más allá de la puerta de acceso, inconfundible al estar en parte derruida por su cara que aboca hacia el pueblo, contemplé el valle del río de La Vega.

Rememoré la historia de aquellas tierras, recordando las crónicas de Madoz, Dozu y Mellado Lavigne, así como ciertos estudios e informes sobre el tema de Emilio Serrano y Luís García-Saúco entre otros; si bien había alguno que rozaba lo legendario, no ya por exceso de imaginación sino por falta de documentación que lo avale, ello no implicaba necesariamente su falta de legitimidad.

Imaginé...

A los colonizadores fenicios explotando las minas de Riópar.

Al Sufeta Amilcar “el Rayo”, poderoso Bárquida y padre del gran Anibal, Estratega de los ejércitos de Carthago, cruzando el valle en dirección a Helice (Elche), no ya hacia Alicante sino quizá hasta “Helice de la Siera”, donde le aguardaba paciente la muerte en las aguas del Segura y no del Vinalopó, tras la derrota que le inflingiera Oressón con sus toros enloquecidos, al prender fuego en sus astas.

Y las batallas de la antigua Munda de la celtiberia (primitivo nombre de lo que acaso fuera Riópar); entre las tropas Carthaginesas y las legiones Romanas, en la que resultara herido en el muslo el mismísimo Escipión, y en tiempos de guerra civil entre romanos, partidarios de Cesar y Pompeyanos; imaginé a los hijos de Pompeyo huyendo de los cesaristas tras su derrota, internándose en su escapada en la cueva donde nace el río Mundo, por lo que dicha gruta recibiría el nombre de Hoya-Guardia (por los centinelas apostados en espera de que salieran, o meramente “de guardia”). Los hijos de Pompeyo, que en palabras de Francisco Fuster, “en una misteriosa y bellísima ceremonia pagana, debajo de los Chorros, bautizaron el río que nace de esta prodigiosa cascada con el nombre de Mundo, en recuerdo de su derrota”.

Ascendí por el castillo hasta llegar a los restos derruidos del macho central que constituyera la Torre del Homenaje. A pesar de su ruina, era posible vislumbrar lo que hubo de ser su fortaleza. Continué imaginando...

Lo que sería la fundación de la Alcazaba por los musulmanes, que poseyeron Riópar hasta el año de 1213, creando la fortaleza con fines estratégicos (controlar los accesos hacia Castilla, Andalucía y Murcia) sobre el lugar donde se asentara la primitiva población hispanoromana. Y su derrota y desesperación cuando, tal y como cuentan los abuelos del lugar, tras “cortarles el agua” se vieron obligados a rendirse a las huestes del muy noble rey Don Alfonso VIII.

Y allí sentado, consideré un hecho que me llama la atención: en plena edad media, prácticamente *medio siglo de autogobierno* del Concejo de Riópar, desde 1213 al 26 de julio de 1256, en que pasa a la jurisdicción alcarazeña.

Y me explico en palabras de Aurelio Pretel: “el pequeño lugar fue poblado por los castellanos, quienes, como primera medida de precaución, expulsaron de él a la totalidad de la antigua población musulmana... La pequeña guarnición cristiana, sumamente aislada... debió fiar toda su seguridad en estos años, tanto a la debilidad de los enemigos como a la fortaleza de sus murallas... La población de carácter militar de los primeros momentos vino a dar como fruto... el asentamiento en el lugar de ciertas familias colonizadoras, a las que el manejo de la espada debía ser tan poco extraño como el del azadón... la sumaria organización de la convivencia basada en las necesidades castrenses debió dar paso al establecimiento de un Concejo que durante casi medio siglo rigió el enclave en forma al parecer totalmente autónoma e independiente...” Asimismo, siguiendo a Pedro Losa, “la inexistencia de un ejército permanente obligó al Rey a contar con la ayuda militar de los nobles, alto clero y órdenes militares, con la consiguiente obligación de pagar los servicios prestados mediante la concesión de villas y lugares”.

¿Quién, qué fuerza constituyó esa “población de carácter militar” que sostuvo aquel período de autonomía?

¿Quizá sus vecinos conocidos? Riópar no dependió de Alcaraz en esos años, pues en las donaciones reales a la jurisdicción alcarazeña se exceptúa expresamente al castillo riopense y sus moradores hasta la fecha antedicha; también se hace expresa excepción de Riópar en las donaciones reales a la Orden de Santiago y sus maestros, bajo la cual se encontraba buena parte del control de las tierras vecinas de la frontera por estos lares. Y si no se apoyó en tales vecinos, ¿en quién?

Nos queda la posibilidad de alguna orden militar, que no fuera la de Santiago; quizá los Caballeros Hospitalarios de San

Juan de Jerusalem, que emulando a los Caballeros Pobres de Cristo y del Templo de Salomón, llamados Templarios, se fueron extendiendo más allá de sus primitivas funciones y posesiones jerosolimitanas, creando nuevas encomiendas, como la del Castillo que se alzó a pocos kilómetros de aquí, antigua posesión de los Sanjuanistas, y donde en la actualidad se ubica el Santuario de Nuestra Señora Cortes.

Quizá nunca se sepa el nombre de dicha fuerza militar, o quizá la clave esté escrita en las propias piedras de Riópar, esperando que alguien sepa leerlas...

Ascendí hasta la explanada superior del Castillo. Contemplé los enterramientos, algunos prácticamente ocultos entre la vegetación. ¿Porqué allí, encontrándose en la misma montaña, un poco más abajo, otro cementerio?

Probablemente, el del castillo fuera el lugar de inhumaciones primitivo. Alguien me contó que en el cementerio de abajo se enterraban los difuntos de Riópar, y en el del castillo a los de las pedanías y diseminados cercanos; otros me contaron que se practicaban inhumaciones en lugares diferenciados para los suicidas, muertos sin bautizar o para aquellos que profesaban religión o credo distinto (arraigada costumbre es la de perseguir lo diferente, aunque no nos perjudique, ya sea por intolerancia o por el simple hecho de no comprenderlo; como bien dijo Sócrates, no hay hombre “malo”, sino ignorante). No sé cual es la versión correcta. Pero lo cierto es que allí arriba, divisando el horizonte, me sentí como el Ave Fénix a punto de emprender el vuelo, más allá de las puertas de la muerte, en dirección hacia la Mansión del Sol...

Avancé aun un poco más, hasta la boca de la cueva donde la leyenda escribió en un cartel: “Si entras, no sabes lo que te pasa; si te vuelves, no sabes lo que te pierdes”. Y que en la noche de San Juan, quien osase traspasar el umbral de la cueva (que en realidad sería una puerta dimensional al “mundo faírico”), permanecería en el país de las Hadas para siempre jamás...

Leyendas. Como la de la Cueva de la Encantada, en el mismo Riópar, relativamente cerca de la anterior; también la noche de San Juan, las recias puertas de bronce que le impiden el paso se abren, permitiendo a la Encantada salir a pasear bajo la luna con su magnífico espejo de oro y pedrería; si el Amor hace que su hechizada persona merezca más tu atención que los fulgores del pespejo dorado, logrará desencantarse y marchará contigo para siempre. Y, aunque algunos cuenten que aun sigue esperando, un amigo que pasó toda la noche en vela al pie del Olmo me aseguró que no apareció; ¿la habrá desencantado ya alguien? ¿habrá recuperado ya alguno su legendario tesoro?

Leyendas. Como la de las “luces” que muchos han afirmado ver manifestarse en el Olmo, un Olmo que al parecer fue ordenado plantar (su semilla, claro, traída desde Francia) por José Napoleón Bonaparte, y al pie del cual hasta fechas recientes se mató la vaquilla en las fiestas de septiembre, troceándose su carne que posteriormente era subastada en la “piedra de los menudillos”; en la actualidad, tras el sacrificio de la vaquilla, la carne, cocinada, se sigue comiendo en Riópar.

En Riópar... a mitad de camino entre el cielo y el suelo, entre el mito y la realidad, o quizá la realidad más profunda que se oculta tras el mito.

En Riópar.

Y comencé a descender del castillo.



Pasé por la Iglesia del Espíritu Santo, donde se guarda la imagen de Ntra. Señora de los Dolores, actual co-patrona de Riópar, junto con San Juan Bautista, cuya pétrea imagen, al parecer venida desde Carcasona, también está presente en el Baptisterio, “vigilando” el presbiterio.

Las primeras noticias documentadas sobre la misma datan del siglo XV, concretamente de 1475, cuando al parecer, motivado por el asesinato de un riopense por hombres de la guarnición del castillo, exigió el pueblo la entrega de los homicidas para “practicarles justicia”. El alcaide Montoya, puesto en tal cargo por los Pacheco, Marqueses de Villena, bajo cuyo control se encontraba Alcaraz y por ende Riópar en aquella época, se negó a ello, levantándose el pueblo a lo “Fuenteovejuna”. Al parecer habían roto ya las hostilidades entre La Beltraneja y la que luego se convertiría en Isabel La Católica; y enterado Don Pedro Manrique del alzamiento de Riópar, y apoyando los Villena la causa de la Beltraneja, el Manrique vio la oportunidad de tomar Riópar so pretexto de estar por la causa de Doña Isabel, y de ser posteriormente confirmado como señor de estas tierras si la carta jugada se alzaba con el triunfo, como efectivamente ocurrió. Envió desde Siles 150 peones y una docena de lanzas en auxilio de los rebeldes, así como otros contingentes de caballería y artillería: dos lombardas y otras piezas de menor calibre, con las que se empezó a batir el castillo.

Un cerco que según un testigo de la época fue puesto “ya el día de Todos los Santos, antes de Navidad, y se acabó en el verano, después de San Juan”, con la victoria de los Manrique, bajo cuyo patrocinio quedaría Riópar por siglos, pasando a integrarse en el “Señorío de las cinco Villas” e independizándose de Alcaraz.

Pues bien; en tales fechas de contienda civil, se abrieron “troneras en las paredes de la Iglesia para disparar contra el Alcázar”, tal y como se nos afirma documentalmente. Pero que del siglo XV tengamos documentos que hablen de la existencia de la Iglesia, ¿supone necesariamente que su construcción sea de ese siglo?. ¿No pudo ser de factura anterior?. Quizá la restauración de los frescos descubiertos en el muro del presbiterio permitan fecharla más adecuadamente. Puede, si, que la configuración final fuera del XV, pero no hay prueba documental alguna que rebata la tesis de su construcción en otros períodos, por gentes anteriores, siendo la primitiva iglesia más pequeña, románica, cuyo cuerpo más antiguo se ubicaría en lo que actualmente constituye la sacristía, y levantada a su vez sobre lo que fuera el lugar de culto primitivo...

Gótica, de arcos fajones apuntados en una sola nave, con caracteres románicos, como el arco de la puerta del baptisterio y la bóveda de cañón de la sacristía, y hasta mudéjares, como las pinturas al temple en rojo, blanco y negro que decoran las vigas de madera que aun quedan originales, mirando hacia el Este, se alza la *Iglesia del Espíritu Santo*.

Su estructura asemeja la típica de las Iglesias/fortaleza de las órdenes militares, ya lugar de oración, ya baluarte fortificado. Y así se empleó, amén de como cementerio según era costumbre; me contaron que de una de sus salas se exhumaron numerosos enterramientos, en el proceso de restauración de la misma hace unos años. Y no sólo allí, sino por toda la Iglesia; hasta “emparedados” en la pared del coro.

¿Quiénes eran aquellos sepultados sin nombre, en aquella sepultura colectiva que constituía el Templo? ¿Nobles del lugar? ¿Enterramientos producto de alguna epidemia? ¿Algún ajusticiado emparedado en vida, fruto de la crueldad de los hombres y de la intransigencia? ¿Antiguos caballeros inhumados juntos, unidos “en la vida y en la muerte”? ¿O quizá fuera Riópar para Castilla lo que Xativa para Aragón, o Siberia para Rusia... un lugar de “reflexión”, quizá sin retorno?

Subí por el coro al campanario. Y aproximadamente a mitad de la escalera de caracol, me sorprendí ante la curiosa tronera que ilumina la misma; tres tipos de abertura conjuntados: el círculo, la línea vertical y la horizontal. Me recordó alguna tronera semejante en la ruta jacobea, en el castillo de Ponferrada, o en el castillo hospitalario de Consuegra, o en Tomar en Portugal, así como algún antiguo plano Jerosolimitano. *¿Tronera de cañonera, saetera o rúbrica?*

Me llamó la atención el exvoto proveniente de Jerusalem, del Gólgota, que a modo de copa griálica contiene piedra y tierra del lugar donde al parecer Cristo derramara su Sangre, donado por los Caballeros y Damas de San Juan de Riópar. Como el Sagrario que recordaba lejanamente a un Arca de la Alianza renovada, coronado por la Patriarcal Cruz de Riópar y sus Fábricas de Bronces, que retoman como sello estos Caballeros.

Me despedí de Nuestra Señora y de la talla de “Iacobus” regalada por los peregrinos Jacobeos de Riópar; aquel Iacob llamado Boanerges, que hoy guía a quienes se aventuran por la Ruta de las Estrellas. Y de la talla de “Petrus”, aquel Simón llamado Pedro que a pesar de negar a su Maestro hoy porta las llaves de la Iglesia. Y me pareció sentir tras sus pétreos rasgos una sonrisa y una invitación, a seguir por el Camino, adelante, siempre adelante...



Comencé a descender. Me detuve en la calle Victoria, donde existió la herboristería Mater Terra, de hierbas del lugar y productos naturales, actual exposición de “LAS EDADES DE RIÓPAR”, y la Casa del Aguila. Contemplé aquel arco de medio punto, en piedra tallada al estilo románico, que enmarcaba una impertérrita águila policromada. No me sorprendió que allí, en aquella “Montaña/Santuario”, existiera dicha Casa de turismo rural para acoger a los actuales “peregrinos” de nuestro siglo, que huyen del ruido y buscan de nuevo el contacto con la Tierra y el descanso...(no en vano por Riópar pasa la ruta Jacobea desde Cartagena). Allí, bajo el arco, en un banco de madera y piedra, un anciano y su mujer parecían haber apagado su reloj contemplando el crepúsculo.

Me senté junto a ellos. Parecían dispuestos a transmitir todo lo que llevaban dentro; recuerdos de lo que fue y esperanzas de lo que podría ser.

Esto fue lo que me contaron; vivencias, trabajo, lucha, dolor, alegría y fiestas, que quiero redactar así como lo escuché, si mi memoria no me traiciona. Hablaron de las antiguas familias de Riópar, como si de alguna manera hoy mismo, en aquel preciso instante, siguieran estando allí, con nosotros:

“Las familias, humildes y trabajadoras, viven orgullosas de lo poco que disponen, y son felices. Conocen la botica que es el propio monte; todas las hierbas tienen una aplicación culinaria o medicinal que es el saber de sus gentes. Su mayor conocimiento es la vida, y esto le enseñan a sus hijos de generación en generación.

Cada mañana, aún de madrugada, los mayores ya amanecen para comenzar el día y abastecerse de las necesidades básicas. Algunos, tras una larga caminata de varios kilómetros, irán a trabajar las tierras quizá de alguien, para poder traer al final de la jornada, al caer el sol, patatas, o alubias, u hortalizas... según la época del año en la que nos encontremos.

Las mujeres, madres de familia o no, llevan a sus espaldas el duro trabajo de criar a los más pequeños; recogen agua, descendiendo y ascendiendo la montaña con sus cántaros; lavan sus vestimentas en pilas de madera, talladas en el empeño de vivir humildes pero no con miserias, y preparan el puchero en la lumbre para comer hoy, con lo que haya disponible.

Cada quince días, los hornos de leña se encienden, recordando que el pan es el alimento que no debe faltar para nuestros hijos; con pan, las penas son menos, dicen.

Cada familia, si puede, mantiene algunos animales, que les sirven de alimento más tarde, o bien les ayuda en las faenas y el cultivo. Los animales, como uno más de la familia, tienen su establo o un sitio en las propias casas.

Esas casas, de piedra, tierra y cal para desinfectar, con las vigas de madera pintadas en azulete, como símbolo de ausencia de enfermedad, son austeras, pero acogedoras, y en alguna viven, en menos de 40 metros cuadrados, más de 10 de familia, echándose en una misma habitación para todos, con jergones de paja en el suelo; y en las cámaras, se guardan enseres, cosechas, los aperos y la leña.

Los niños corren felices por todo el monte, aprendiendo en la escuela, los que pueden, y de la vida con la vida, la mayoría; se han contado más niños que adultos, de todas las edades, a los que el trabajo con sus familias, para ganar el sustento, no era desconocido: una peseta significaba mucho...

No falta tiempo para estar con los vecinos; “echar un baile en la punta abajo, en casa de fulanico”... y allí que se reúnen todos para bailotear, cortejar a alguna moza, o beber un chato vino, o zurra, o alguna cuerva al son de una bandurria. Los de los cortijos cercanos también se unen al saber que en Riópar hay baile”.

“*Que en Riópar hay baile*”. A 1200 metros de altura. Con nieve, con frío y con calor, con lluvia y tormentas, con las flores en flor, con penurias y alegrías, han vivido generaciones que han transmitido a sus hijos el saber de ser trabajadores, acogedores, humildes, transmisores de un Amor que su vez los padres les enseñaron en su día, en armonía con la Naturaleza...

“Salud al cuerpo y Paz al espíritu”.

Se levantaron, se despidieron y se marcharon, doblando la esquina. Me pareció despertarme, de pronto. Alcé la voz, y dije: “esperen, díganme cómo se llaman”, porque quería guardar su nombre, junto al de todas las experiencias de aquella visita. Doblé la esquina. Y no vi a nadie.

¿Quiénes eran? ¿Dónde fueron?

Quizá con los Riopenses que pasaron, o con los que vendrán.

Levanté la cabeza. Y en un cartel, leí: “Calle Victoria, que fue de Samuel Díaz González”.

Con su nombre, y con el de todos los Riopenses anónimos y desconocidos que pasaron, quise cerrar mi visita. Sé que se

sentirían orgullosos de que dos familias pueblen Riópar de nuevo todo el año, de que los niños hallan vuelto a jugar en las mismas piedras que ellos jugaron, y que cada vez sean más los que quieren “revivir” en Riópar.

Y me marché por el sendero de la Fuen Caliente, no sin antes hacer una parada en el Jardín de las Escuelas y leer, junto a un crucero de piedra que se alza entre un almendro y una noguera, el epitafio que transcribo y con el que me despido, si bien no descarto regresar.

Caminante, ten tu paso.
Descansa y mira el Crucero.
Es la Cruz de los Caminos,
Reposo de los viajeros.

Las Estrellas que tú sueñas,
Talladas son en su base;
Las Estrellas que te empujan
A seguir hacia delante,

Peregrino de un futuro
Que se labra en el presente,
Peregrino de un camino
Que prosigue eternamente...

Habló el Crucero y me dijo:
“No señalo tumba alguna
Mas muere en mí y renace
El que busca la cordura”.

El Cebreiro es en Galicia.
Riópar en Albacete.
Lugares fuera del Tiempo.
Avalonias del presente...